

LUIS A. SANTAMARÍA

MENSAJES OCULTOS

<ayúdame...>

UN THRILLER PSICOLÓGICO



LUIS A. SANTAMARÍA

Mensajes ocultos

MENSAJES OCULTOS

LUIS A. SANTAMARÍA

Prólogo

La lámpara del techo parpadeaba, como si la bombilla fuera a fundirse en cualquier instante. Seguramente se debía a la tormenta, o quizá fuese una simple alucinación. Era una imagen estática. Una fotografía. La miraba sin pensar en nada, ni siquiera en lo que estaba sucediendo en la cocina.

CARLOS

Son las once de la noche que va a cambiar mi vida, y es la segunda vez que lloro desde que ella me dejó.

Un final apoteósico para un día de mierda, como diría Jokin.

Dejando al margen lo que acaba de suceder, el día de hoy no ha diferido del resto, que también suelen resultar una mierda.

Nada más llegar esta mañana al laboratorio, Jokin me ha dado los buenos días a su manera, sin desviar la mirada de su tarea.

—*Aupaaa...*

Ese alargado sonido gutural me sigue poniendo la piel de gallina.

Sentado en mi puesto, me he ajustado la mascarilla y he encendido el soldador. De nuevo en mi submundo. Sobre el plástico aislante había: una placa virgen, un retorcido alambre de estaño, el soldador y el plano, esta vez correctamente diseñado (no siempre es así). En las tres horas de curro previas al cigarrillo, he dejado listos los microchips y transistores más voluminosos. Voy bien con esta placa. Es lo que se espera de mí: precisión y efectividad. La valoración que hace el ingeniero al término de la soldadura cuenta, por supuesto que cuenta, y si la valoración mensual media baja de seis, puedo darme por despedido.

He salido cinco minutos a fumar un piti, y al volver había dos ingenieros esperándome junto a la mesa con sendas placas para reparar. Eso me ha retrasado. El turno de la mañana suele empezar bien y acabar mal. Tengo que revisar todo aquello que los ingenieros me piden, porque, de lo contrario, la sanción es segura. Para lograrlo hay que tener una gran concentración y ser diestro soldando.

Con el rabillo del ojo he visto a Sigüenza entrar al laboratorio. No ha dicho nada. Se ha limitado a husmear entre las mesas con las manos entrelazadas por detrás de la espalda. Llevaba la ceja levantada, lo que significa que estaba cabreado. Sigüenza *siempre* está cabreado. No ha tardado en desaparecer, pero antes de que lo hiciera no he podido evitar levantar la mirada para cerciorarme. Lo he pillado hurgándose la nariz. Él me ha pillado a mí observándole y me ha dedicado una de sus miradas más truculentas. Mierda. He respirado hondo, contado hasta diez, y me he concentrado en las placas.

Por fin ha llegado la hora de la comida. Me he librado de la mascarilla y he apagado el soldador. Al incorporarme, los huesos de mi espalda han hecho *croc*. Había vida a mi alrededor, pero todo lo que se escuchaba eran los avisperos zumbidos que producen los soldadores, un ruido que ya casi ni percibo. Mis compañeros, concentrados en sus trabajos, no han notado mi marcha. ¿Cuántos seremos en todo el laboratorio? Calculo que más de cincuenta.

No soy más que plástico flotando en el mar.

Esto es lo que hago en mi hora diaria de descanso: visitar el súper, donde compro una barra de pan, alguna bazofia envasada y una pieza de fruta (el agua me la llevo embotellada de casa), y después comer en el solar de hormigón cercano al polígono que un día llamaron *plaza*. Sentado a solas sobre un bordillo, hoy he

picoteado una ensalada de pasta mientras pensaba en mi miedo a Sigüenza y su ceja levantada, y en que un día se dirigirá a mí con una carta de despido. En mi miedo a entregar una placa en malas condiciones y que algún ingeniero resabido que acaba de salir de la universidad (esos son los peores) reporte que no soy lo suficientemente eficaz. Mi miedo a que no me contestes nunca, o a que un día deje de saber de ti.

El turno de la tarde ha sido difícil. Todo iba bien (he reparado una de las placas en tiempo récord) hasta que he quemado un condensador de la segunda. La fina columna de humo negro olía tan mal como siempre que se quema un condensador. Es un hedor que no soy capaz de describir más allá de a *condensador cadáver*, como solemos decir aquí.

—Joder, chaval, ¡eso huele a mierda de rata! —ha gruñido Jokin, delatándome de paso.

El percance ha ocasionado un vergonzoso murmullo en el laboratorio, así que he rezado en voz baja para que Sigüenza no estuviese allí en ese momento. Ha habido suerte.

A partir de ahí, las prisas por solucionar el estropicio han aumentado mi ansiedad y alterado mi pulso. No se puede soldar con temblor en las manos, así que he salido fuera un segundo y me he fumado tres cigarrillos. Los dos ingenieros ya tienen sus placas restauradas, pero no he podido completar la que me habían asignado a primera hora. Otro punto negativo.

Antes de salir, he pasado por el servicio. En los urinarios había otros dos técnicos que no conocía. Casi nadie conoce a nadie aquí; nadie habla, nadie piensa. Los ojos, las manos y el cerebro tienen que descansar. Los pulmones deben respirar aire libre de estaño.

«Mira, es él», ha susurrado uno de ellos, señalándome con las cejas. No quería que yo lo oyera, pero lo he hecho. Las noticias

vuelan. He optado por disimular, mear y desaparecer.

Desde fuera, la nuestra era la única nave cuyas ventanas desprendían luz. Los edificios de los ingenieros ya estaban cerrados, pues ellos salen a otras horas más amables. Antes me entraban ganas de gritar por injusticias como esas. Pero ya no. Como solía decirle a mi psiquiatra, *nada importará cuando hayamos muerto*.

Al igual que cada día de mierda, he tenido que correr más de un kilómetro para llegar al autobús de las nueve y media, el de los soldadores. La carrera me ha venido bien, el deporte hace que mis piernas se desentumezcan y la sangre corra por mi sistema circulatorio. El silencio en el autobús siempre es sepulcral. Intento no pensar, no soporto pensar. Hoy, sin embargo, me ha dado por echar cuentas: catorce horas desde que salí de casa, diez horas respirando estaño. Así, seis días a la semana. Mi día libre, que casi nunca coincide en festivo, lo necesito para seguir buscando en internet ofertas de empleo para alguien que no ha pisado una facultad.

A medida que el autobús abandonaba el polígono y se adentraba en la ciudad, los soldadores íbamos siendo sustituidos por todo tipo de especímenes de la metrópoli: zombis de corbata, chavales con pantalones anchos (*eh, colega, se te ve la hucha*), y, en menor medida, jubilados, parejas de instituto y madres primerizas empujando carritos de bebé. A mi derecha viajaba hoy un anciano de mirada risueña, que seguro que se ha prometido a sí mismo ser feliz a pesar de todas las piedras en el camino. Con él, una niña que con su sonrisa podría comerse el mundo ella sola, y de frente, una pareja extranjera. A pesar de su avanzada edad, iban cogidos de la mano. De vez en cuando, uno de los dos susurraba algo que hacía que al otro se le escapara una carcajada. Dicen que el amor no entiende de edad. Para

mí es uno de los misterios de la vida: me encontraba ante esa clase de felicidad tan básica y sencilla, y a la vez tan jodidamente inalcanzable.

Al llegar a un cruce con ceda el paso, he fijado mi atención en una pareja de galgos que iban de paseo con su dueña. La fugaz escena me ha recordado las noches en que me despertaba desorientado y sentía que Conan me velaba, en permanente contacto con la forma que mi cuerpo dibujaba bajo las sábanas. Esos detalles te hacen sentir de vuelta en el planeta Tierra. Nunca llegué a sentirme del todo solo con Conan (ni siquiera cuando ella me traicionó). Pero cierto día papá lo llevó al parque sin la correa, y Conan salió corriendo detrás de una border collie en celo, y saltó a la carretera sin ser consciente de que un Opel Corsa pasaba en ese momento a una velocidad mayor de la permitida.

Con la pareja de galgos fuera de mi campo visual, no he podido evitar acordarme de ti. Me tengo prohibido pensar en ti mientras estoy fuera de casa, así que he sacado de la mochila el cuaderno de crucigramas y he empezado uno. Sonia lo habría definido como *cosas de pringaos*, pero resolver rompecabezas es una de las pocas ocupaciones que (casi) sustituyen al efecto de las pastillas. «Popular compositor estadounidense, autor de la banda sonora de *Eduardo manostijeras*.»

6 letras.

E-L-F-M-A-N.

Ya casi lo había terminado cuando el autobús ha llegado a mi parada.

En casa, papá y mamá ya estaban acostados. Me he metido la pastilla y he cenado un sobre de tallarines precocinados que, al microondas, no estaban tan tiesos como prometían. Antes mamá me dejaba preparada la cena y, en una tartera, la comida

para el día siguiente. Pero ahora ya no.

Mil alfileres rodean mis pulmones en todo momento. Día tras día me enfrento a los problemas de mi existencia. Lucho por superarlos, o, al menos, por sobrevivir a ellos. Flota a mi alrededor una frustración constante que me recuerda que nada va a mejorar, que todo es sufrimiento. Pero también hay otra cosa. Cada noche, me encierro en mi habitación y lo consumo. Y me calma. Debería acostarme. Dentro de unas siete horas tengo que volver al autobús y a la mesa que comparto con Jokin, donde me espera una placa electrónica a medio hacer. Pero sigo despierto a pesar del cansancio. Este es el refugio al que vuelvo tras fracasar mil veces en el día. Vuelvo cada noche y todo está bien. Vuelvo, y, en la pantalla de mi portátil, pase lo que pase, estás tú.

Como siempre, me he quedado embobado contemplándote. Si he de ser sincero, en el último vídeo —que ya he visto más de diez veces— has desafinado un ápice. Es como si estuvieras cogida de la garganta. ¿A quién le importa? Eres maravillosa.

Pero lo de hoy ha sido distinto.

Esta noche mis ojos han encontrado algo más que tu rostro meciéndome hasta provocar la visita de Morfeo. Han encontrado esperanza. Estoy tan poco acostumbrado a que me escriban que me ha costado ver que tenía una notificación en Twitter. He ladeado la cabeza como hacía Conan cuando alguien le prometía una golosina.

Eras tú.

Al contener la respiración, los latidos en mi pecho retumbaban con más fuerza.

¿Cómo podías ser tú?

Lo que tenía (y tengo) ante mí era una respuesta a un tuit que te envié ayer. Una chorrada. «*Enhorabuena por tu talento. Brillas*

con luz propia y llegarás muy lejos. Saludos de un gran admirador», decía mi mensaje. Tú nunca me habías escrito. ¿Por qué ahora? ¿Por qué has contestado a esa gilipollez?

Tu respuesta era un enlace a un audio. No han surgido coros gregorianos ni sirenas de alarma cuando le he dado al *play*, ninguna sensación de que mi insignificante vida estaba a punto de cambiar. Era una canción. No una tuya, ni una versión realizada por ti, sino un clásico original. La he reconocido enseguida porque solía ponerla papá en el coche en unos tiempos que ahora me parecen el sueño de otro. Son los melancólicos primeros compases de *How can you mend a broken heart*, cantada por Al Green.

Me he puesto los auriculares para escucharla a un volumen alto y en intimidad. Hacia el medio minuto de canción, han empezado a picarme los ojos. En el estribillo, he roto a llorar. No un sollozo desgarrado, solo algunas lágrimas deslizándose huidizas por mi mejilla. Pero el sentimiento ha sido potente, surgido desde lo más profundo de mi pecho. ¿Por qué me has enviado este tema? ¿Qué significa para ti?

Son las once de la noche que va a cambiar mi vida, y es la segunda vez que lloro desde que ella me dejó.

La canción se corta tan bruscamente como mi llanto. Algo sucede. El audio se ha quedado pillado en un punto, y repite la misma palabra una y otra vez, como cuando se raya uno de esos antiguos discos de vinilo que conocí en las películas y que ahora vuelven a estar de moda. En la oscuridad de mi habitación tiene algo de tétrico. Mi indignación inicial se convierte en confusión cuando fijo mi atención en la palabra que continúa repitiéndose a través de los auriculares:

Help, help, help, help, help...

La pantalla brilla con más fuerza ahora. O es la habitación

la que ha desaparecido, no lo sé. Estoy a punto de caer en un oscuro abismo cuando se oye una voz en la lejanía:

—¿Qué haces, gatito?

¡Mierda, es ella! ¡Ahora no!

Arrojo los auriculares contra el escritorio y cierro la pantalla del portátil de golpe.

Me está observando desde el hueco de la puerta, y no quiero que vea lo que estoy haciendo.

La luz artificial que entra en la habitación es tenue, pero mis ojos se han acostumbrado al brillo de la pantalla y tengo que pestañear repetidas veces.

Aun así, reconozco a Sonia bajo el marco de la puerta. Lo habría hecho incluso a oscuras, solo por la voz.

—¿Qué haces aquí? —le digo. De repente tengo calor.

—Y tú, ¿qué estabas viendo? ¿No será porno? Dime que no es porno.

Su voz no es más que un susurro.

—¿Po-por qué crees que es porno?

—Cuando alguien cierra el portátil así, el motivo suele ser el porno.

No entiendo cómo antes podía atraerme su irritante seguridad.

—No es porno. Son cosas mías —respondo, y de inmediato me pregunto por qué tengo que darle explicaciones.

Sonia se encoge de hombros y enciende un cigarrillo, a pesar de que sabe que no me gusta que se fume en mi habitación. Quizá por eso lo hace.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Es que una no puede venir a ver a su novio? Tienes esto lleno de polvo, ¿sabes? Si esa mesa fuera el capó de un coche, alguien escribiría «guarro» con la punta del dedo.

Con el dorso de la mano me seco las lágrimas que se me han quedado atrapadas entre las pestañas, y ella lo advierte, porque arruga la nariz.

—¿Estabas llorando?

—No. Es tarde, Sonia, y mañana me levanto temprano.

Una manera sutil de echarla de mi dormitorio.

Ella no me cree, por supuesto, es demasiado lista. Vuelve a mirar el portátil, esta vez con más curiosidad que antes, y abre la boca como queriendo decir algo, pero finalmente se arrepiente y cambia de tema.

—¿Qué tal en el trabajo?

Cada vez que le da una calada, la punta del cigarrillo se ilumina, y entonces puedo ver su rostro: pálido, curvilíneo y con los ojos grandes y oscuros como un personaje de manga.

—Una mierda, como siempre.

—Pues tienes que aguantar, por tus padres. Eres el único que trae dinero a casa ahora.

Me río, aunque por dentro siento ira.

—Lo dices como si no lo supiera.

—¿Qué tal tu madre? ¿Ha mejorado del Alzheimer?

—La semana que viene tenemos cita con el especialista. Y tiene demencia, no Alzheimer.

—¿El Alzheimer no es la forma técnica para referirse a la demencia?

—Pues no, Sonia, no lo es.

—¿Le sigue fallando la memoria? —pregunta, como si no fuera consciente de estar tocándome las pelotas.

Asiento con la vista fija en las pelusas que hay en la tarima.

—Cada vez más.

—Lo siento.

Se queda en silencio con la mirada perdida. Por primera vez desde que ha venido, parece vulnerable. Yo me levanto y voy hacia ella. Le arrebató la colilla encendida de entre los dedos, me acerco a la ventana, la abro, y tiro la colilla a la calle.

—¿Estás enfadado conmigo, gatito?

—Ya sabes que sí.

Señala el portátil y sopla hacia arriba. Su flequillo baila.

—¿Por eso no quieres enseñarme lo que estás viendo?

—Es personal, ¿vale? Y no es porno.

Con toda naturalidad, como si mis palabras llenas de rencor no le afectaran lo más mínimo, se acerca a mí y se pone de puntillas para darme un beso de despedida como ha hecho siempre. Su rostro, a la luz azulada de la calle, parece todavía más infantil de lo habitual.

Me agacho con torpeza para besarla en la mejilla, pero ella gira el cuello en el último momento y me besa en los labios. Su aliento desprende un sutil aroma a nicotina.

Tengo la lengua de Sonia dentro de mi boca. La noto seca y con sabor a traición.

—Te dejo dormir, gatito —dice, y se vuelve hacia la puerta—. No te metas en líos.

Estoy solo otra vez. Me aferro al portátil, mi flotador en medio del océano, y me acurruco con él en un rincón de la cama. Según asegura cierta psicóloga rusa de apellido complicado, al cerebro humano le cuesta dejar las cosas sin terminar (esa y no otra es la razón por la cual sufrí de insomnio durante la emisión de *Perdidos*, o el motivo por el que tuve que dejar las novelas de Agatha Christie). Zeigarnik, eso es, ese es su apellido. Total, que la teoría de Zeigarnik vuelve a darme otro bofetón de realidad

cuando me coloco los auriculares de nuevo, abro la pantalla y me enfrento a tu respuesta. A tu audio. Al acontecimiento del año.

Como no he dado al botón de pausa cuando Sonia me ha interrumpido, la canción de Al Green ha continuado reproduciéndose hasta el final, y ahora no se oye nada. Coloco el cursor al inicio de la canción y la escucho otra vez. Vuelve a cortarse en el mismo punto. *Help, help, help, help...*

Repito el proceso y me quedo traspuesto, a ritmo de soul, pensando en la primera vez que te vi. ¿Quién tuvo la culpa de que nuestros caminos se cruzaran? Esa es la gran pregunta. Y la respuesta es inapelable: la culpa la tuvo Sonia. No lo pienso por despecho, sino porque es la verdad.

Una tarde, durante las vacaciones de Semana Santa, tuve una fuerte discusión con Sonia. Llevábamos días hablando de hacer una escapada a la playa aprovechando los días de buen tiempo. La tarde previa la llamé por teléfono en busca de asesoramiento.

—¿Crees que debería llevar la crema solar del treinta o del cincuenta? Ya sabes que me quemó como un alemán en Mallorca.

Hizo una pausa larga, y eso era nuevo; ella nunca estaba callada más de dos segundos seguidos.

—No lo sé, gatito —dijo, adoptando una voz trémula.

—Bueno, pues me llevo la del factor cincuenta, que ya se sabe que es mejor prevenir que curar.

—No me viene bien ir mañana. Arancha está agobiada con las oposiciones y he prometido ayudarla.

Arancha era la novia de Jonathan, mi mejor amigo, lo que, visto en retrospectiva, resulta irónico. Yo empecé a soltar frases atropelladas que en esencia podrían resumirse en: *veo que no soy tu prioridad*. Hasta que un pitido intermitente acalló mis

quejas. Sonia me había colgado —nunca antes lo había hecho—, y yo estaba furioso por ello. También estaba furioso por haber sido tratado de segundo plato.

En la calle hacía un tiempo de mil demonios. La lluvia repiqueteaba con tanta fuerza en el cristal de mi habitación, que recuerdo imaginar a un grupo de pequeños duendes alados tirando garbanzos secos a puñados desde el cielo. Cuando mamá avisó de que la cena estaba lista, acudí a la cocina. Papá estaba sentado a la mesa. Un vaso de whisky del que solo quedaban los hielos estaba dejando una marca de condensación en el mantel. El rictus sombrío y cabizbajo de papá me dejó sin habla, y el cabreo anterior se convirtió de súbito en un miedo un tanto extraño. Durante la cena, papá nos comunicó que el gerente del supermercado les había reunido a todos de manera urgente y sin previo aviso. Necesitaban hacer recortes de personal y sobraban, entre otros, dos charcuteros. Él sería uno de los prescindibles.

El despido fue lo que le abrió la puerta al alcoholismo. La enfermedad de mamá terminó por empujarlo hacia lo profundo de la adicción.

Esa noche navegué por internet en busca de consuelo, simple entretenimiento. Tirando por la vía rápida, probé con porno gratuito. No surtió efecto. Después deambulé asqueado de video en video en YouTube. Visioné un tutorial para un videojuego cuyo nombre no recuerdo, y también varios fragmentos de bandas sonoras de películas interpretadas en directo. Eso hizo que el buscador de YouTube empezara a recomendarme vídeos musicales, lo que a su vez me condujo a cuentas de personas que habían grabado, desde sus respectivas casas, sus propias versiones de temas populares. La mayoría tocaban la guitarra a la vez que cantaban, algunos de ellos con

talento.

Pero ninguno se acercaba a tu majestuosidad.

Solo el mejor poeta del mundo podría describir lo que sentí la primera vez que te vi. Interpretabas a Bonnie Tyler. Tu voz, al igual que tu apariencia, era al mismo tiempo frágil y extrañamente seductora. A pesar de la pantalla que nos separaba, vi que tus ojos eran limpios y luminosos, de un verde en el que podía sumergirme para siempre sin añorar el escarlata de los labios de Sonia. Se expresaban por sí mismos con la canción. Enamoraban. Pero lo que centelleaba en ellos, si se observaba con interés, no era la inocencia de la juventud, sino el hielo cegador de la ambición. Cantabas con la dulzura de alguien que puede ver el futuro y se está regodeando de lo que ve. No era difícil imaginarte sentada en un taburete, sobre un escenario y abrazando tu guitarra, mientras miles de fans coreaban tus letras.

Cuando el vídeo terminó, una capa húmeda cubría mis ojos. Sin pensarlo demasiado, volví a reproducirlo varias veces más.

Esa noche no dormí. El alba me pilló viendo tus vídeos uno detrás de otro. Me suscribí a tu canal y a tus perfiles en redes sociales. Era habitual que, al comienzo o al final de cada vídeo, les dirigieses algunas palabras a tus espectadores. Resultaba embriagador imaginar que esas palabras me las dirigías solo a mí.

Tenías más de mil seguidores y tus vídeos contaban con algunas reproducciones, pero recuerdo sorprenderme por ello; me parecía poco. Ese talento, esa belleza sin igual, no podía desperdiciarse en un canal de internet.

¿Quién tuvo la culpa entonces de que te encontrara? Justo es admitir que una pequeña parte de la culpa la tuvo papá, o, para ser más precisos, el gerente del supermercado que lo despidió.

Pero la responsable fue sobre todo Sonia, y algo bueno saqué de todas aquellas mentiras: mientras te miraba embelesado a través de mi ordenador, su hipócrita sonrisa desaparecía por un tiempo de mi mente.

Help, help, help...

Me despierto con el corazón como un martillo neumático. Según los dígitos rojos del despertador, son las 2:17 de la mañana. Veo la luz azul del cartel del chino 24 horas por la ventana de la habitación.

Desorientado, me levanto de la cama, dejo el portátil y los auriculares en el escritorio, y me dirijo al cuarto de baño. Orino sin encender la luz (papá y mamá duermen con la puerta abierta y no quiero despertarlos) y regreso al dormitorio. Tengo tu rostro en la mente y no dejo de tararear la canción de Al Green. ¿Por qué me inquieta tanto?

Me meto en la cama y te imagino en un escaparate, como un maniquí con maquillaje. Pienso que es una versión de ti misma que te gusta. En algún momento me duermo con un pensamiento en la cabeza tan simple como demoledor: ¿Qué ropa te pondrás para dormir? ¿Estarás haciendo el amor con tu novio justo en estos momentos?

WILLIAM

El movimiento vertical que realiza la barra, sumado al brillo del foco directamente hacia mis ojos, me resulta hipnótico.

Arriba. Abajo. Arriba. Abajo.

Mientras empujo, pienso en el partido que he dejado grabando esta noche. Espero que ninguno de estos capullos me estropee el resultado. Seis repeticiones. No lo creo. Siete. ¿A quién le va a interesar un partido de Premier League? Liverpool contra United, uno de los grandes clásicos. Ocho repeticiones.

Pienso en la alineación que sacaremos, y en la que sacarán ellos.

Nueve...

Pienso en el bote de pastillas.

¡Diez!

Me incorporo con la respiración acelerada, la sangre palpita en mis pectorales. Alguien me toca la espalda con la punta del dedo. Dice algo que no pillo de primeras y me vuelvo hacia él.

—Que si has terminado con la barra —repite. Es un viejo con forma de botijo y exceso de papada que me mira con impaciencia. Despide un olor repugnante, una mezcla entre Varon Dandy y sudor rancio.

—¿Perdona?

—¡La barra! Hay que compartir el material. Y a ver si despertamos, chico.

Miro por encima de su hombro y descubro que el gimnasio, un local de ambiente cargado que pide a gritos una reforma, está hasta arriba. Más allá de la zona de mancuernas, junto a la máquina de dorsal, veo a Emilio y a Jorba (le llaman por el apellido porque comparte nombre de pila con Emilio). Ignorando al botijo, me apresuro a darles la espalda y saco una lata de Red Bull de la máquina expendedora con la esperanza de que no me hayan visto, pero fracaso. Están viniendo hacia mí.

—Vaya manera de sudar —dice Emilio fijándose en mi camiseta azul turquesa, que ahora está húmeda y oscura. Si hay una cosa que detesto es a la gente que dice obviedades, gente como Emilio que se te acerca diciendo cosas evidentes, como: «Parece que hoy hace calor», o «Te ha salido un grano en la nariz». Me suelta el chiste del día—: ¿Quién ha ganado: la barra o tú?

Jorba le ríe la gracia mientras saca el teléfono móvil del bolsillo y empieza a escribir, moviendo los pulgares a toda velocidad. Ni siquiera ha levantado la vista para saludar. A pesar de su corta edad, tiene el aspecto macizo y cargado de espaldas de alguien que pasa la mayor parte del tiempo encorvado sobre un ordenador. Creo que trabaja en una tienda de informática, aunque en realidad me da lo mismo. De pronto me río de mi propia ocurrencia. *Su corta edad*. Cuando yo tenía los años de Jorba, era el puto amo de Victory. Recorría las calles con mi pandilla mientras observaba a los treintañeros, los dinosaurios, siempre con la birra pegada a la mano y su aprensión por los porros. Me mofaba de sus patéticas vidas, aburridas y ordenadas, y me prometía a mí mismo que no acabaría como

ellos. Ahora observo a Jorba, absorbido por las aplicaciones de su *smartphone*, y me planteo si tendrá el mismo estúpido pensamiento sobre mí.

—¿Qué tal el curro? —me pregunta Emilio, llevándose a la boca una barrita energética. Advierto que se ha afeitado la barba y se ha dejado solo la perilla y el bigote. Le hace más delgado, y, a mi juicio, le da un aire de perverso que le pega. Me gusta su nuevo aspecto, aunque no se lo digo.

—Bien, como siempre.

Una chica que intenta acceder a la zona de estiramientos me roza la espalda sin querer, y yo me arqueo para dejarla pasar. Cuando la miro de reojo, solo me da tiempo a verle la retaguardia; lo suficiente para admirar un culo firme y realzado por las mallas. Emilio, que también se ha fijado en la criatura, es menos disimulado que yo. Jorba, por su parte, sigue absorto en las cinco pulgadas del teléfono. Es marica, pienso. Un puñetero marica. Hay que serlo para no fijarse en una preciosidad así. Me pregunto si esa melena corta que lleva peinada de lado es típica de maricas. Como una moda propia, o algo así.

—Así que un infierno, ¿eh? —me dice Emilio. Parece ansioso por hablar de algo.

Dejo de contemplar el culo de la morena para mirar a Emilio y esbozar mi mejor expresión de tedio, convencido de que eso vale como respuesta. Me pongo a buscar una mancuerna para un nuevo ejercicio, pero él continúa mirándome.

—¿Se te ha comido la lengua el gato, compadre?

—¿Qué?

—Es una expresión de aquí —interviene Jorba sin levantar la mirada del teléfono—. Significa que hoy estás poco hablador.

—Y tanto que lo estás —añade Emilio—. ¿Va todo bien?

—Ayer me acosté tarde y estoy agotado, eso es todo —digo

con toda mi atención en el espejo, donde mi bíceps se dilata con cada repetición. Acabo de decir una verdad y una mentira. La verdad es que tengo un sueño que me muero. La mentira es que anoche me acosté temprano, pero no podía dormir. No podía dejar de pensar en los botes de pastillas que ahora están en la guantera de mi coche.

—Te acostaste tarde —repite Emilio, con esa voz de salido que pone cuando habla de sexo—. Lo pasaste bien anoche, ¿eh, compadre?

No contesto al primitivo comentario, pero una sonrisa infantil me delata.

—No te entiendo, William —me dice mientras rellena su botella en el dispensador de agua.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—A ti. Tu pelo, por ejemplo.

—¿Mi pelo?

—Sí, tu pelo negro. Y tu piel. Todo. Eres demasiado latino, demasiado caliente para ser inglés.

—Quizá tenga sangre española.

Es la primera estupidez que se me ocurre.

Emilio sonrío antes de cerrar la botella y darle otro bocado a su insípida barrita.

—¿Tú no entrenas? —le pregunto a Jorba.

—Ya he terminado.

Algo en su tono de voz parece añadir, «*gui*ri arrogante». Me fijo en el envoltorio vacío de un bollo de chocolate industrial que asoma del bolsillo de su pantalón de chándal. Morirás joven, Jorba.

La tele de la sala tiene el sonido desactivado, pero las noticias más importantes del día circulan en rótulos por la parte inferior de la pantalla. Ahora mismo: «*El Bitcoin, al alza.*»

—¿Y en qué obra estás ahora? —insiste Emilio.

No me apetece hablar de trabajo. No quiero explicarle que la distribución de ladrillo se está retrasando, ni que la presión a la que nos está sometiendo el jefe de obra para terminar a tiempo hace que cometamos más errores. Solo quiero leer las noticias mientras intento adivinar lo que dice la presentadora del escote bronceado. Quiero terminar mi entrenamiento y meterme bajo el chorro caliente de la ducha, pensar en el partido que esta noche juegan mis Reds. Eso es todo.

Aun así, claudico y le resumo los avances que hemos hecho hoy en la obra. Emilio conoce a un par de tipos en el barrio donde estamos construyendo el edificio, de modo que la conversación deriva por ahí. Al final, termina hablándome de las tetas operadas de la novia de uno de esos tipos.

Mientras calcula lo que puede costar una operación de ampliación de pecho, imagino a Nora con las tetas operadas. Modifico la imagen en mi mente como lo haría un software de edición gráfica. El resultado es excitante, en especial cuando cambio la cara por la de la chica del culo perfecto de hace un minuto. Es más joven de lo que esperaba. Tiene los ojos verdes y un carnoso labio inferior que parece invitar a que lo muerdan. En este instante, la descarada me está aguantando la mirada desde la esterilla. Noto que la sangre se acumula dentro de mi pantalón, así que le cojo prestada la botella a Emilio para refrescarme.

—Cambiando de tema —grita Emilio para hacerse entender por encima del hilo musical—. ¿Habéis visto la remontada del Liverpool contra el United? ¡Qué partidazo!

El inesperado comentario hace que el agua esté a punto de colárseme por el conducto equivocado, provocando que comience a toser sin control.

—*Dammit!* —farfullo con dificultad. Apenas puedo respirar, y aun así golpeo el banco con el puño.

Emilio me mira como si acabara de decir algo terrible. Después mira a Jorba, que me observa con una expresión de incompreensión pintada en esa cara de kebab que tiene.

—¿Qué pasa? —pregunta Emilio. Tiene restos de muesli entre los pelos de la barbilla.

Quiero decirle que llevo todo el día esperando el momento de llegar a casa para ver el partido, y que mejor habría sido salir a correr en solitario, ya que de esa forma ningún estúpido me habría adelantado el resultado. Pero me limito a respirar hondo y hacer un gesto con la mano.

—No os preocupéis.

Me quito los guantes acolchados y acudo a una esquina de la sala, donde dejo las mancuernas. Al pasar por el lado de Emilio, le doy una palmada en el hombro y me despido apresuradamente.

—Hasta otro día.

Ya en el coche, hago examen de conciencia: no la tengo tranquila. El cielo ha adquirido esa tonalidad púrpura que precede al anochecer. Conduzco hurgándome la uña del pulgar izquierdo, pero no me percató de que me estoy haciendo sangre hasta que alcanzo una capa de la piel lo bastante profunda para que me duela. Durante la espera en un semáforo, me llevo el dedo sanguinolento a la boca y miro la guantera. Muerdo los pellejos mientras pienso en los botes de pastillas, y noto el regusto de la duda, mezclado con el de la sangre, en la parte de atrás de la garganta. Es amargo como la cerveza fuerte.

Subo el volumen de la radio hasta que dejo de oír a mi subconsciente. En una emisora está sonando Metallica. Me gusta esta canción, así que me relajo. Concedo una tregua a mi pulgar y me enciendo un cigarrillo. ¿Debería invertir, ahora que el valor de las criptomonedas está subiendo? Elimino rápidamente esa idea de la cabeza. Nora no tiene ahorros, y los pocos que me quedan a mí después del fin de semana son para pagar el alquiler... —me obligo a admitir— de hace tres meses.

Puedo ver el *skyline* del norte de Madrid a través del retrovisor, más allá de mi flequillo encerado. Enseguida tomo la salida de la circunvalación y me adentro en el mundo rural a través de una carretera secundaria. La siguiente salida, la que me lleva a casa, me conduce a un camino de tierra que bordea una granja. Detrás de la granja, siguiendo el camino, está nuestro hogar, aunque más bien parece un chamizo.

No se puede llamar hogar a nuestra casa sabiendo lo que está sucediendo en su interior.

La luz del salón ilumina la penumbra vespertina a través de la ventana. Es algo que siempre me consuela. Aparco y cojo la bolsa con los medicamentos de la guantera antes de salir del vehículo. Abro el maletero, donde guardo mi viejo bate de béisbol, y me lo llevo también.

Al abrir la puerta me encuentro a Nora dormida en el sofá. Lleva puesta una camiseta de tirantes y se ha recogido la melena en una coleta que, debido a la posición en la que se ha quedado dormida, le cae por la mejilla cubriéndole media cara. También llevaba coleta el día en que me topé con ella, en una *jam session* de un bar de Victory, y prácticamente cada día hasta que dejó de ser una adolescente. Algo que he aprendido es que doce años viviendo con alguien son suficientes para convertir el embrijo en algo mundano. Ahora que ya me he acostumbrado

a su talento, me sería indiferente que cantara como una gata moribunda o que aporreara las cuerdas de la guitarra como un chimpancé. Simplemente me da igual. Pero en aquel momento, viéndola interpretar *I'm on fire* sobre el escenario con nada más que unos vaqueros rotos, una camisa de cuadros y su guitarra, sentí algo. Una fuerza erótica me atraía hacia ella. Nada más terminar su actuación, me acerqué, me presenté, y la invité a nuestra primera cerveza.

Eso fue antes de que nos mudáramos a España en busca de trabajo. Antes de que me metieran en el calabozo por su culpa.

Esta noche no tengo ganas de sexo. Quiero ver el partido sin intromisiones, así que procuro no despertarla. Atravieso el salón sin hacer ruido, y cuando paso por su lado, me fijo en el cardenal que tiene a la altura del bíceps.

Ceno las sobras del chino de anoche en la misma encimera de la cocina, y las acompaño con un par de cervezas. Después paso al dormitorio para ponerme ropa cómoda. Apoyo el bate de béisbol en una esquina y dejo los botes de pastillas sobre la mesilla de Nora.

Me dejo caer en la cama, enciendo mi vieja tele y pongo el fútbol a un volumen bajo. El encuentro resulta emocionante, pero el idiota de Emilio me lo ha estropeado con su inoportuno comentario, y además las cervezas están empezando a hacer efecto y me noto adormilado. Mi cabeza huye una y otra vez del partido hacia imágenes inconexas, y justo cuando los Reds marcan el gol de la victoria, miro el gol sin verlo, pues lo que en realidad flota en mi mente es el cardenal que Nora tiene en el brazo. Me pregunto si le pegué demasiado fuerte.

CARLOS

No sé si contárselo a Jokin. Me tomará a cachondeo, como hace siempre, y hará que me sienta gilipollas. Contemplo la placa, todavía a medio hacer, tal y como la dejé ayer. Ya debería estar terminada. No es una difícil, he soldado placas más grandes y complejas con anterioridad. Es solo que no me concentro. Tengo la maldita canción de Al Green repitiéndose una y otra vez dentro de mi cabeza, unas veces a un ritmo lento, otras más rápido. Dicen que si duermes con una cinta de hipnosis de fondo, puedes conseguir dejar de fumar.

Anoche yo me dormí con tu audio.

Echo un vistazo a la sala por entre las cajoneras que hay sobre mi mesa. Todo está en silencio. Ni rastro de Sigüenza.

No puedo más y se lo cuento. Primera estupidez del día.

—¿A que no sabes quién me tuiteó ayer? —susurro sin dejar de soldar. Con el rabillo del ojo, veo que la gruesa mano de mi compañero se detiene. Su soldador ha dejado de desprender humo.

—¿Me dices a mí?

Arriesgo a girar el cuello para mirarlo y asentir. De la calva le caen gotas de sudor que empapan sus pobladas cejas. No quiero que se me note lo que me repugna, así que le miro directamente

a los ojos.

Vuelve a apoyar el soldador contra el hilo de estaño y responde con un hilo grave, casi imperceptible:

—Me importa una mierda quién te escriba.

—Nora Teddybear —suelto sin pensar. Trago saliva como si acabara de hacer algo de lo que podría arrepentirme.

Por segunda vez, Jokin separa la punta de su herramienta del estaño y me mira. Esta vez me presta atención.

—¿Esa *guiri* con pinta de muñeca que canta en internet?

Vuelvo a mirar en derredor para cerciorarme de que nadie nos ha pillado cotorreando en horario de trabajo, y asiento. Mi sonrisa debe delatar mi entusiasmo, porque Jokin pone los ojos en blanco y suspira tan fuerte que salpica su placa con su saliva.

—Supongo que ahora vas a decirme lo que te ha escrito.

Aunque finge albergar nulo interés, está deseando escuchar un motivo para mofarse de mí. Aun así, le doy lo que quiere. Necesito hablar de esto.

—No me ha escrito nada. Me ha colgado una canción.

Le explico de qué canción se trata y en qué punto se queda pillada. Después de algunos segundos en los que ninguno de los dos hablamos, mi compañero contesta con su marcado acento de Barakaldo:

—¿Y ya está?

Ladeo la cabeza. No sé qué responder a eso.

—¿Sabes que hoy he cagado por primera vez en una semana? —dice de pronto—. No me lo estropees, anda.

—¡*Help* significa ayuda en inglés! —He gimoteado eso a un volumen demasiado elevado, mierda. Por suerte no he llamado la atención de nadie—. ¿Y si Nora está en apuros y me está pidiendo ayuda?

Después de un momento de silencio, durante el cual albergo

la esperanza de haber convencido a Jokin de la gravedad de la situación, se echa a reír. En uno de sus cabeceos, una gota de sudor cae sobre el plástico verde que protege la mesa, formando un cerco húmedo.

—Ten un poco de respeto. Esto es serio. Ella podría estar pasándolo mal.

Jokin me apunta con el soldador. Ya no se ríe. Ahora sus ojos me miran serios, redondos como su cabeza.

—Noooo, tío. El urólogo de Donald Trump está pasándolo mal. Esta tía...

—Nora —le corrijo. Esta interrupción hace que se le arrugue la frente y levante la voz. No deberíamos estar hablando tan alto aquí dentro.

—Esta Nora *Comoseapellide* es una niñata que cuelga vídeos en internet para alimentar su ego de alguna forma. Probablemente se aburra tanto y tenga la vida tan resuelta que necesita un entretenimiento, y como subir versiones a YouTube ya no le divierte, ahora se dedica a joderle la vida a perdedores como tú. Tipos obsesionados con su carita de buena y sus tetas enormes. *Pringaos* de quienes reírse amparada en el teclado de su ordenador. No me jodas, hombre, si hasta me la puedo imaginar partiéndose de risa, en su habitación de color rosa, mientras te tuiteaba.

Me ofende que Jokin califique de tetona a Nora, porque sus pechos no son grandes. Sin embargo, solo acierto a vocalizar:

—Pero...

—¿La canción de Al Green? Hay millones de canciones en el mundo que hablan sobre depresión y tristeza. ¿Que se detiene en la palabra *help*? Una estúpida manera que ha encontrado para mantener tu atención. Conozco a ese tipo de mujeres, Carlitos. Necesitan que los hombres besemos el suelo por donde pisan.

Ansían ser admiradas y deseadas hasta la locura.

De una manera natural, como si no acabara de poner mis sentimientos patas arriba, como si no acabara de llamarme perdedor a la cara, vuelve a apuntar el soldador contra el hilo de estaño y continúa con su trabajo.

Debe de sentirse incómodo al ver que yo me he quedado paralizado, porque apaga el soldador y se vuelve hacia mí de nuevo.

—Carlos, eres un buen tío, pero tienes que dejarte de gilipolces de internet y centrarte en la vida real. Si sigues con estas movidas van a despedirte, y como eso ocurra, estarás jodido. Tú y toda tu familia.

Ahora me siento culpable, y me odio, porque está diciendo la verdad.

—Hazme caso —continúa—: olvida a esa Nora de YouTube y guarda la energía para tu trabajo y tu familia. Ya tienes edad suficiente para saber que no debes echar tu vida por la borda por una niña guapa que ni siquiera conoces.

Nos quedamos mirando durante un rato. Creo que ha percibido el nudo atravesado en mi garganta, porque hace una mueca y saca un paquete de tabaco del bolsillo de su bata.

—Venga, son casi las once —dice, y me señala con un cigarrillo—. Te invito a uno.

Ahora que Jokin no lleva la bata puesta, puedo ver la muchacha que lleva tatuada en su bíceps. Tiene el pelo verde y el pubis depilado, y es divertido ver cómo se le abultan los pechos cada vez que él se lleva el cigarro a la boca.

—¿Tú qué dices, Lily? —Jokin baja la vista hacia la diminuta

fulana—. ¿Crees que Carlitos es un idiota por creer a esa cursi de internet?

Contrae el músculo repetidamente para que Lily menee sus caderas de una manera cómica, y después añade, con el mismo tono de voz que utilizaría una mujer de los años cincuenta para decir *yu-ju*:

—¡Y que lo digas, cariño! ¡Es un *requeteidiota*!

Me guiña un ojo y se echa a reír. Ahora me arrepiento de habérselo contado todo. Apuro las últimas caladas mientras espero a que Jokin termine su truco y Lily vuelva a dormirse. Antes de que eso ocurra, alguien me toca el hombro con más brusquedad de la necesaria.

—Expósito, acompáñame.

Es Nacho, uno de los ingenieros que contrataron en la última hornada.

—¿Adónde?

Hace un movimiento con la cabeza y comienza a andar hacia el edificio central. Me vuelvo hacia Jokin, que se despide con un escueto gesto con el mentón antes de deshacerse de la colilla de un capirotazo y entrar en el edificio.

Camino tras el ingeniero. Desde mi posición, soy testigo del efecto que provocan los rayos de sol en su pelo duro: lo clarean hasta volverlo naranja.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí, Juanjo? —dice mientras nos movemos entre los edificios del complejo.

—Me llamo Carlos.

—Eso, perdona. ¿Cuánto tiempo?

—Dos años.

—Yo que tú me buscaría un sitio mejor. ¿Qué edad tienes? Debes de tener casi cuarenta.

Camino con la espalda erguida y mirando al frente, tratando

de no caer en sus provocaciones.

—Treinta y tres.

—¿De verdad? ¡Guau! Debiste haber estudiado más cuando tenías mi edad.

Nacho está faltándome al respeto deliberadamente, pero no digo nada. Es una cuestión de pragmatismo. Cualquier cosa que diga que pueda ofender a un ingeniero se volverá en mi contra. En especial si se trata de Nacho. Debo limitarme a hacer mi trabajo. Conseguir mi sueldo día a día. Volver a casa cada noche.

Cuando entramos a cubierto, nuestras pisadas resuenan en el suelo baldosado del edificio central. Atravesamos varios tornos de control, y en cada uno de ellos Nacho muestra su tarjeta identificativa. Al pasar cerca de las azafatas, me miran como a un animal de granja que es transportado al matadero. Subimos dos pisos en el ascensor y nos detenemos frente a una puerta de madera maciza que no pega nada con la decoración industrial del resto del edificio. Nunca he estado allí antes, pero sé quién me espera dentro.

Nacho llama con los nudillos. Aguarda unos segundos y abre la puerta.

De cerca, el jefe tiene todavía peor pinta. He conocido a muchos negros que se parecen a Sigüenza, y también a blancos muy bronceados que se parecen a él. Sus arrugas son profundas, y su escaso cabello, peinado hacia un lado con la raya marcada, grasiento. En la frente presenta una verruga en la que no me había fijado antes. Huele a fritanga, seguramente a causa del sudor que mancha su camisa por debajo de la chaqueta. En las paredes no veo más que diplomas y aburridas condecoraciones académicas. Está tecleando algo en el ordenador cuando entro al despacho, y no se detiene ni para pedirme que me siente.

—Nacho, no cierres la puerta —dice con un tono paternal que yo no le había escuchado nunca. ¿Acaba de tutear a un empleado, o estoy soñando?— Y quédate ahí, solo será un segundo.

Me siento frente al escritorio pensando en el significado de ese *segundo*, preocupado por la inusual cortesía y con la sensación de tener los ojos de Nacho clavados en mi nuca.

Sigüenza deja de teclear para abrir un cajón del escritorio y sacar una placa electrónica, que deposita sobre la mesa.

—El ingeniero dice que no funciona. ¿La reconoce?

Es una de las placas que reparé ayer. ¿*Cómo que no funciona?* Puedo sentir el ácido revolviéndose en mi estómago y ascendiendo por la garganta. La probé dos veces antes de entregársela a Nacho, ¡y funcionaba! Me pregunto si ese cabrón la habrá saboteado a propósito para fastidiarme. Solo acierto a responder:

—Sí, terminé de repararla ayer por la tarde.

—¿Ha entregado una placa deficiente, Expósito?

Trago saliva. Mi consternación solo me permite susurrar:

—No, señor.

Sigüenza se humedece los labios y frunce el ceño, pareciendo la verruga ahora más cerca de sus ojos.

—¿Cómo dice?

—No, señor —repito más alto tras un carraspeo—. La placa funcionaba correctamente cuando la entregué.

—Carlos, lleva usted algunos puntos negativos este mes, y los ingenieros no están contentos con su trabajo. Le han pillado más de una vez cuchicheando con su compañero en horario laboral. Está haciendo perder tiempo y dinero a la empresa. —Sigüenza pronuncia estas palabras sin ningún tipo de sentimiento. Me recuerda a un ciborg enumerando las leyes de la robótica de Asimov. Yo me dedico a asentir y esperar a

que la guillotina caiga sobre mi cuello. Me mira a los ojos por primera vez, y sentencia—: me veo obligado a despedirle. Lo lamento.

Asiento de nuevo. Si hablo, romperé a llorar. Sería la tercera vez desde marzo.

Nacho va a acompañarme a mi puesto para asegurarse de que recojo mis cosas y entrego la tarjeta identificativa. Abre la puerta del ascensor del edificio central y se aparta para dejarme entrar. Entonces, dice:

—Es como ese dicho: no hay mal que por bien no venga. El mal es que te quedas sin trabajo, el bien es que nos libramos de ti.

Y se echa a reír, como si se tratara de un chiste con el que pudiéramos reírnos los dos.

Puedo sentir mi corazón desangrándose y formando un charco bajo mis pies, en el suelo del ascensor.

Nada importará cuando hayamos muerto.

Bajo la atenta mirada del ingeniero que acaba de arruinarme la vida (así te jodan, Nacho de los cojones), recojo la mochila donde guardo el cuaderno de crucigramas, los bolígrafos y la cartera. El resto (una caja de chicles reventados, un muñeco de Goku que me regaló Sonia hace mil años siguiendo la recomendación de Jonathan, y un bote con bolígrafos y rotuladores secos) lo dejo en su sitio. Que se encargue de tirarlo quien me sustituya. Los transistores y resistencias parecen murmurar: «*ahora nos trabajará otro más capacitado que tú, inútil; perdedor*». Los desgastados soldadores parecen añadir en susurros «*no volverás a derretir estaño con nosotros; fin del suplicio, se acabó la fiesta*».

Me despido de Jokin con un parco apretón de manos y cuelgo la bata de la silla. Cruzo puertas una tras otra, consciente de que nunca volveré a entrar por ellas, sintiéndome aliviado pero vacío por dentro.

El sol está lejano, frío, una moneda sin brillo que casi hay que imaginar. Fuertes ráfagas de viento azotan mi rostro y se cuelan entre los huecos de mi cazadora mientras camino hacia la parada.

Para cuando subo al autobús, ya estoy tiritando. Ocupo el único asiento libre que encuentro, y no dejo de temblar hasta que empiezo a notar el efecto de la calefacción.

Cierro los ojos y me fuerzo a pensar en algo bonito: una cala perdida en una isla del Mediterráneo donde solo se oye el deslizarse de las olas sobre la arena y el lejano graznido de las aves. El sol, brillante en el cenit del cielo, dibuja diminutos diamantes sobre el agua. Estoy deslumbrado por la intensidad de los colores de la naturaleza. El aire es salado y húmedo, y a mi lado hay una mujer en traje de baño. En un principio es Sonia, pero cuando alzo la mirada, protegiéndome los ojos con la mano, veo tu rostro frágil. Vulnerable. Entonces me ofreces tu mano, y...

El autobús frena de golpe dando una fuerte sacudida. Estamos en un semáforo en rojo.

El viento aúlla en torno al vehículo. El día es gris al otro lado de la ventanilla, tanto que parece que esté anocheciendo, aunque es poco más tarde de mediodía.

El barrio donde vivo no es céntrico, por eso me sorprende la cantidad de gente que deambula por las aceras. Es normal, nunca recorro estas calles a estas horas entre semana. Cuando paso cerca de un contenedor, me llega un olor a pescado pasado. Observo a los sintecho pidiendo limosna en las esquinas, y por

primera vez soy consciente de que puedo terminar siendo uno de ellos.

No quiero ir a casa. No he comido y tengo hambre, así que me detengo en un puesto de porciones de pizza y compro una de chorizo que me como sentado en un banco. El queso fundido me quema el paladar, pero en parte lo agradezco porque me ayuda a paliar el frío.

Frente a mí hay un puesto de caramelos que desprende un fuerte olor a piruleta. Esto me lleva a cometer la segunda estupidez del día. Llamo al móvil de Sonia y, tras varios tonos, salta el contestador. Escucho su voz:

«Holaaaa, soy Sonia. No estoy disponible. Deja el mensaje y te llamaré en cuanto pueda. Ciaooooo.»

Tiene el móvil apagado y no tengo valor para dejar un mensaje. Supongo que se ha marchado a Burgos, a la casa que sus padres tienen en el campo, donde apenas hay cobertura. No quiero llamarla allí. En más de cuatro años de relación, Sonia nunca llegó a presentarme a sus padres. Siempre decía que lo haría, que era algo que debía ocurrir de manera natural. En el fondo se avergonzaba de mí. No era lo bastante bueno para ella, y estaba segura de que sus padres opinarían igual. Podía verlo en sus ojos cada vez que hablábamos del tema.

La primera vez que la vi fue en un bar del centro. Se celebraban las fiestas de la Paloma. Yo estaba charlando con Jonathan en la barra, probablemente sobre la actriz del momento que iba a protagonizar alguna película de superhéroes, cuando entró Sonia acompañada de un grupo con vestimenta motera. Jonathan enseguida me dio un toque en el codo. «¿Has visto a esa muñequita?», comentó cuando ella pasó por nuestro lado. Yo estaba embelesado con el buen rollo que irradiaba. Sonreía porque sí, porque estaba de fiesta y ese día podía ser el mejor

de su vida. No sabía su nombre y ya me gustaba su forma de ser. Tenía el cabello oscuro con mechas violetas que no se cortó hasta algunos años después, y una sonrisa tan contagiosa que pensé que estaba colocada. Le sacaba más de una cabeza, lo que en ocasiones hizo que la confundieran con mi hermana pequeña.

Fue Jonathan quien se acercó a ella en un primer momento (él ya estaba con Arancha y yo siempre he sido malísimo ligando), y me presentó casi inmediatamente después. Tras unos minutos de incómoda conversación, Sonia insistió en pedir unos cuantos chupitos de piruleta. A Sonia le encantaba emborrachar a la gente a chupitos, en especial a quienes le hacían *tilín*.

Algo debió ver en mí aquella noche. Pasamos varias horas charlando y bebiendo en diferentes bares de la zona, y cuando decidió que la noche había terminado, se despidió de mí con un pico. Sus labios sabían a piruleta. Durante un tiempo, ese fue mi sabor preferido. Hasta que pasó a provocarme arcadas.

Está empezando a llover. Arrojo el cartón de la pizza a la papelera más cercana y camino hasta casa arropado entre los cuellos de mi cazadora.

Mamá está en la sala viendo ese *reality show* en el que unas cuantas jóvenes despampanantes se subastan a un *cachas* dispuesto en un trono como si fuera un monarca de la Edad Media. Me llega algo sobre un «tronista», así que sí, es ese. He intentado explicarle que todo está amañado. Ella siempre dice que sí para que me calle, pero al día siguiente vuelvo a pillarla con la cara pegada al televisor. Me saluda sin desviar la mirada de la pantalla. Tiene el volumen demasiado alto, pero no le digo

nada. Tampoco le hablo sobre mi despido. Papá no está en casa, lo imagino en la barra de algún bar oscuro y vacío, con un vaso de whisky pegado a su barba blanquinegra.

Cierro la puerta de mi cuarto y enciendo el portátil. Es un acto instintivo producto de la reiteración. Sobre el escritorio veo un tarro de pastillas sin abrir que no estaba esta mañana; son de las nuevas. Lanzo la mochila contra una esquina y espero a que el ordenador arranque. En ese tiempo, me da por pensar en las palabras de Jokin. *Si sigues en este plan, van a despedirte, y como eso ocurra, estarás jodido. Toda tu familia lo estará.*

Ya ves, Jokin: estoy jodido.

Accedo a internet y abro la bandeja de entrada del correo electrónico. Después, con el cursor sobre el icono de YouTube y mi dedo suspendido a un par de milímetros del ratón, rememoro el discurso de mi compañero (excompañero) sobre ti y tu única ambición de ser admirada por *pringaos* como yo. Por una vez soy fuerte y alejo la mano del ratón para llevármela a la cara. Me raspa. Necesito afeitarme.

En el cuarto de baño, frente al espejo, me embadurno las mejillas con espuma. Abro el envoltorio de una nueva cuchilla y comienzo a rasurarme la barba con delicadeza.

Entonces, como si alguien me estuviera sujetando la mano, contemplo la cuchilla y la presiono contra la garganta.

Sería una salida. Una salida rápida y fácil. No más preocupaciones, no más trabajos basura, no más sostener a la familia. No más Sonia, no más tú. Solo descanso. Un corte limpio que atravesase la yugular. Bastará con eso.

No he cerrado la puerta y por el pasillo me llegan los ecos amortiguados de la voz de la presentadora del *reality*.

Me mantengo ahí, de pie, con la cuchilla en el cuello. Una gota de sangre brota del punto donde el filo toca la piel. Lo sé

porque la veo en el espejo, pero no siento nada. La cuchilla está demasiado afilada para que me duela (por fin algo de suerte). Un poco más de presión y me habré dormido sin apenas enterarme.

En ese momento, los altavoces del portátil emiten un pitido que se oye lejano desde el cuarto de baño. Es la señal de que he recibido un email.

Un email que acaba de salvarme la vida, pues guardo la cuchilla en el cajón y me seco la gota de sangre con un pedacito de papel higiénico. Las manos me tiemblan.

Regreso a mi cuarto sin entender lo que acaba de suceder, y abro el correo. Como estoy suscrito a tu canal, he recibido un email que presenta un nuevo vídeo tuyo: «NORA TEDDYBEAR – I am the Walrus (The Beatles)»

Nunca habías versionado nada de los Beatles, no es tu estilo. Me da lo mismo, hago *clic* en el vídeo sin pensar (tercera estupidez).

Miro hechizado, pero también estoy... ¿qué? ¿Asustado? Un poco, quizá. Me inquieto casi siempre que visualizo un vídeo tuyo por primera vez. Quizá sea por la quietud de tu dormitorio, pintado a colores pastel, con la puerta siempre cerrada a un lado de la imagen. O puede que sea por el continuo y sutil vaivén de tus hombros en primer plano mientras sujetas el mástil de la guitarra con tu mano izquierda —la del guante de cuero rojo que deja las puntas de tus dedos al descubierto—. Como de costumbre, un micrófono auricular te rodea el pómulo para terminar rozando el labio inferior.

Suenan los primeros acordes. Tus cándidas pupilas coquetean con la cámara. Hoy te has recogido el pelo en una coleta que realza tus facciones. Nunca te había visto así. Pero hay algo más, algo más grande. Una especie de sobrecogimiento, como si estuviera a punto de suceder algo malo y yo lo supiese de

antemano.

No es como lo del otro día, cuando te fallaron las cuerdas vocales y desafinaste en un par de notas. Ahora es diferente. Todavía no has cantado una nota y ya sé que algo no va bien. La dulzura de tus ojos ha desaparecido, y apenas pestañas. Me pregunto a qué obedece la rigidez de tu semblante.

Empiezas a cantar y me viene a la memoria una película que vi hace años. ¿Cómo describir esa sensación? En la película, cuyo título no recuerdo, dos chiflados amordazan a los miembros de una familia en su propio salón. Un matrimonio y su hijo pequeño. En un momento dado, uno de los raptos coge una escopeta, la carga y empieza a echar a suertes a quién de los tres matará primero. *Pito, pito, gorgorito...* La cámara, en lugar de quedarse en el lugar de la acción, sigue al otro chiflado hasta la cocina, donde se prepara un sándwich con toda la tranquilidad del mundo, y no se inmuta (ni la cámara ni el chiflado) cuando se oyen dos disparos muy potentes que provienen del salón. *¡Bang! ¡Bang!* En la siguiente toma se ve el televisor, que estaba emitiendo una carrera de NASCAR, con chorretones de sangre. Solo la madre ha sobrevivido.

Ese impacto, el de acabar de presenciar algo del todo insólito e inesperado, todavía lo mantengo vivo en mi recuerdo. Tu interpretación del *I am the Walrus* no incluye sangrientos disparos, pero está provocando en mí la misma consternación. Es más latente, más amenazante. Las manos te tiemblan con violencia, lo que hace que falles en los acordes. ¿Realmente eres consciente del efecto que estás provocando en la canción? Dios, esto va a perjudicar tu imagen.

No has terminado de cantar la primera estrofa cuando ocurre lo siguiente: tu voz, discordante, se estremece al fijar la mirada en algún punto tras la cámara. Por un segundo, un velo cubre

tus ojos verdes, que ahora parecen desvaídos y miopes. ¿Qué es lo que has visto? Parpadeas como si te hubieran pellizcado en una zona donde los nervios casi afloran a la superficie.

En mitad de la segunda estrofa, dejas caer la guitarra y te pones de pie.

¿Q-qué haces?

Ladeas ligeramente el cuello mientras miras a la cámara en un gesto antinatural. Si me centro en tu entonación, lo primero en lo que pienso es en un robot, como si llevaras uno de esos sintetizadores que utilizan los enfermos con parálisis cerebral.

«I am the eggman... they are the eggman... I am the walrus...»

Es tan ridículo que resulta incómodo. Se me ocurre que a lo mejor lo estoy soñando todo. De ser así, se trata de un sueño sumamente vívido, uno que incluye hasta la última gota de lluvia rebotando contra el marco de la ventana, gotas que salpican el poster de *Regreso al futuro* que todavía mantengo en la pared.

Me doy cuenta de que tu voz y tu comportamiento encajan con la imagen que exhibes.

«Sitting in an english garden waiting for the sun... —¡Has vuelto a mirar a ese punto tras la cámara! Ahora sonríes, pero es una sonrisa forzada, desprovista de naturalidad—. If the sun don't come you get a tan, from standing in the english rain...»

La canción termina. Te acercas a la cámara para dirigirte a tus suscriptores, como siempre haces, y actúas como si la interpretación hubiera sido perfectamente normal. El tono de tu voz, humanizado de nuevo, empieza a quebrarse. En la parte inferior de la pantalla aparece un rótulo con la dirección de tu canal y de tus redes sociales, y cuando lo señalas, veo que el temblor de tus dedos es violento y persistente.

¿Qué te está pasando, Nora?

Quedan cinco segundos para que finalice el vídeo, y es ahora

cuando alucino del todo: al inclinarte hacia delante para detener la grabación, llevas tu mano al hombro de manera inconsciente. Te acaricias arriba y abajo, lo que hace que tu camiseta se remangue unos centímetros. Suficiente para poder ver una mancha más oscura en la piel. El contraste con tu palidez es fuerte. La mancha es de color verde sucio, aunque alguien más miope y generoso diría que es de color botella, casi negra. Como negra se acaba de volver la pantalla de mi portátil.

NORA

—Publicar ese vídeo fue un error.

Es lo que le digo al poli cuando me pide que se lo cuente todo desde el principio. Nada más entrar, se ha quedado de pie, a un metro de la cama. Me contempla serio, como pensando en otra cosa que nada tiene que ver conmigo. Tiene las manos unidas delante de la hebilla del cinturón. No lleva alianza. Lo que sí trae consigo es un cuaderno y un bolígrafo. ¿Quién escribe con papel y boli hoy en día? Desde que se lo veía hacer a mami, no he vuelto a ver a ningún adulto utilizando un cuaderno. Ella lo necesitaba para componer. Componía a todas horas, con su cuaderno, su boli, y su guitarra acústica. Al menos es lo que recuerdo.

—¿A cuál de los vídeos te refieres? —pregunta. Está lo bastante cerca para que pueda verle la cara: castigada pero serena, más de lo que se la recordaba.

—El del *Walrus*. Ese día estaba de bajón, y, de haber sabido las consecuencias que iba a provocar, nunca lo habría colgado. En realidad, lo único que quería era innovar, resaltar sobre las demás cantantes de internet.

Como si mi respuesta no le dijera nada (su cuaderno sigue cerrado y su bolígrafo encapuchado), se acerca a una esquina de la sala donde hay una silla y la arrastra junto a la cama. Se

sienta y se presenta como el agente McIntyre. Ya nos habíamos presentado con anterioridad, pero no recordaba su apellido. No hace ademán de darme la mano. Abre el cuaderno sobre sus piernas, ahora cruzadas. Visto desde cerca, resulta ser una libreta Moleskine.

—Te he buscado en Google —dice, y le quita el capuchón al bolígrafo con los dientes. Su mirada astuta me evalúa.

—¿Eres inglés?

Espero la típica sonrisa que esbozan los adultos cuando alguien joven plantea una pregunta inesperada. Pero su expresión neutral se mantiene intacta.

—¿Por qué lo crees?

—Por tu apellido. Y porque hablas muy bien mi idioma.

Ahora sí, sonrío y deja entrever la separación entre sus incisivos, esfumándose por un instante todo su atractivo.

—Soy irlandés. De Galway.

—Caramba, qué exótico. Yo soy de Liverpool.

Puedo oír el tránsito de los coches y los peatones yendo y viniendo por el centro de Madrid. No hay nubes en el cielo, si acaso algún gorrioncito perdido que sobrevuela la vista que tengo desde la cama, y el despótico sol brilla tanto que no soy capaz de mirarlo fijamente. Pero en esta habitación hace frío. Justo lo contrario a cuando vivía con mami, en Liverpool, donde el exterior era gélido, pero dentro de casa la calidez te abrazaba como si saliera del interior mismo del hogar.

—¿Qué encontraste en Google sobre mí?

—En realidad no mucho, solo información básica. —Tiene una voz seductora que no pega nada con su aspecto, como sucede a menudo con los locutores de la radio. A continuación repasa mi vida como si se tratara de una receta culinaria—: acabas de cumplir veintiséis años y tu nombre completo es Nora

Vassal, aunque usas Teddybear como apellido artístico. Eres de Liverpool, en efecto, y te mudaste a las afueras de Madrid el año pasado. No cotizas a la Seguridad Social, aunque te gusta presentarte como *youtuber* —pronuncia esta palabra como si se tratara de un término extraterrestre—. Por lo que he visto en tus fotos, no disfrutas de demasiada vida social. Te mueres por los gatos y la comida ecológica. No comes carne de ningún tipo, a excepción del buen jamón. Odias el fútbol y no simpatizas con ningún partido político, al menos públicamente. Se te pasan las horas leyendo, en especial thrillers nórdicos que descubriste gracias a tu madre. Tienes perfil de Facebook e Instagram, pero no he visto nada que me haya llamado la atención en ellos. También he visitado tu cuenta de Twitter.

De repente parece mi padre alertándome de los peligros de exhibirse en internet. Es el mismo tono que utilizaba Peter conmigo. Hace una pausa y me mira con sus diminutos ojos azules, como invitándome a decir algo al respecto.

—¿Me has espiado? —digo. Me doy cuenta de que no debería tutear a un poli, y quizá sea tarde para dejar de hacerlo. Al fin y al cabo, me digo, es un tipo joven. Estará acostumbrado a que le tuteen.

—Son redes sociales, Nora. Por definición, son públicas, y cualquiera puede acceder a ellas y echar un vistazo. De modo que no, no te he espiado. Pero antes de que me expliques lo de Twitter, quisiera que me hablaras de tus padres.

—¿Mis padres?

—Sí, y de tu niñez en Liverpool. Quiero conocerte mejor. A eso me refería antes cuando te he pedido que me lo contaras todo *desde el principio*.

Hace un mohín y anota algo en la Moleskine. Está al revés y no leo lo que pone.

—¿Cómo está Will? —pregunto.

Me mira a los ojos. Veo una arruga en el puente de su tabique nasal que antes no tenía.

—Tu novio está bien acompañado —responde, mirando de nuevo hacia la libreta. Me imagino a Will tumbado en una cama rodeado de cables, o tras una puerta de barrotes chirriantes, o puede que bajo tierra, con esa sonrisa, torcida y estúpida, borrada de su cara para siempre.

[Lee la novela completa aquí](#)